

— Esas son consejas de herejes...

— Esas son atrocidades propaladas por enemigos nuestros.

— Eso no es verdad.

— Y ¿cómo se llama ese fraile boquiflojo?

— Tomás Gage, irlandés de nación.

— Sírvase V. A. ser muy mirado en aceptar las novedades de esos viajeros, que en su interés de hacer creer que México no es como el resto del mundo, inventan tonterías capaces de volver loco á cualquiera... Me permito enseñar á V. A. un sabio proverbio español: «De luengas tierras, luengas mentiras...»

— Yo pensaba que sólo las decían du Fossey, Chevalier, Berthier...

— Todos, señor, todos las dicen. Para conocer el país, gentes de allá; consulte V. A. al elevado Alamán, al discreto Munguía, al concienzudo Cuevas, al elegante Couto, al sabio Arrillaga, al poético Pesado; pero evite siempre á esos viajeros de pega que en tres ó cuatro semanas y hasta en menos, tratan de formular juicios, de generalizar y hasta de hacer vaticinios.

— Ya, ya conozco el género, repuso risueño Maximiliano; estáis haciendo mi retrato y la caricatura de mis viajes...

— Señor, no llegue á creer V. A...

— Me reconozco.

— V. A. no es de esos viajeros.

— No he leído aún los escritos de V. A., que han de ser tan elegantes, eruditos y bien pensados como todo cuanto sale de esa sapientísima pluma.

Reía Maximiliano con muy buena sombra, cuando un ujier anunció que S. A. estaba servido.

Entró el Príncipe á una habitación inmediata y á poco regresó conduciendo consigo á la señora Archiduquesa con sencillo traje escotado y sin más adorno de joyas que una *aigrette* de brillantes en el peinado.

Me apretó las manos la Señora, y después de hablar unas cuantas palabras, tomó el brazo de su marido, y acepté el de Gutiérrez y nos sentamos en los asientos que nos designó el maestresala, yo al lado del señor Archiduque, éste frente á la Archiduquesa, Gutiérrez é Hidalgo cerca de la Señora y Aguilar al otro lado del Príncipe.

Carlota estaba muy distante de ser una belleza, y mucho más distante de poseer la elegancia fina y la soberana gracia de su marido. Era alta, delgada, bien hecha, de bellos y expresivos ojos, de tez blanca y de cabello negro; mas quizás el rostro haya sido demasiado rojizo, quizás haya tenido una ligera simetría facial, quizás sus bellos ojos hayan tenido una sombra de tristeza que los hacía á veces duros, á veces tiernos, nunca tal como son los de las mujeres dichosas.



¿Hablo acaso por mi impresión *a posteriori*, después de haber tratado de cerca á la Princesa y conocido sus terribles y secretas penas, ó fué así como la juzgué desde el primer momento? Creo que esto fué lo que pensé al conocerla y al cambiar con ella esa mirada con que las mujeres sabemos adivinar si una de nuestro sexo es feliz ó desgraciada.

La Archiduquesa hablaba poco pero siempre bien; Maximiliano se despepitaba largamente riendo con risa de colegial en vacaciones y celebrando todo cuanto se decía en la mesa.

A la una nos levantamos de ella, y mientras el consejo de ministros, como decía Maximiliano, se retiraba en unión del Archiduque á hablar del gobierno del mundo y sus monarquías, la Archiduquesa me llevó á su lado para enseñarme encajes, abanicos, trajes, cuadros, estatuas, porcelanas y mayólicas. El primer momento fué de pena para mí, pues me había parecido notar que á la hora que S. A. invitaba á sus amigos para hablar de negocios, hacía á la Princesa una seña para que saliera, y que ella se retiraba disgustada; á poco me fuí habituando á aquella naturaleza suave y dulce que había de llegar á dominarme del todo.

No sé qué, ni por cuánto tiempo hablarían los políticos con el Archiduque; mas cuando se reunieron con la Princesa y conmigo, en un lindo gabinete en que estába-

mos hacía tiempo, todos salieron encantados y haciendo calendarios sobre los acontecimientos próximos.

— Habrá que trabajar cerca de S. M. el Emperador de los franceses, decía Aguilar, á fin de que se declare la nulidad de las ventas de bienes eclesiásticos. No hay mexicano que los posea, sino que todos se encuentran en poder de franceses y alemanes... y como ellos son gentes de aldabas, no faltará manera de que obtengan de Napoleón cualquier acuerdo que lesione los intereses de la Iglesia en México...

— Sí, hay que trabajar; pero S. M. debe de tener dadas á Bazaine sus instrucciones acerca de estas cosas, reponía Hidalgo.

— Habrá que restituir á sus casas á todos los frailes y monjas.

— Habrá que arreglar con Roma que se nos conceda la lectura de libros prohibidos, pues los tales libritos no volverán á entrar por aquellos dominios.

— Y que conseguir que se fulmine excomunión contra los que se empeñen en conservar bienes de la Iglesia.

— Y pensar en la manera de restaurar la orden de Guadalupe.

— Sí, sí, exclamaba Maximiliano lleno de ardor; sí, hay que restaurar esa orden; pero hay que reformar casi todos los decretos de Santa Anna y de Iturbide acerca del asunto. En vez del ridículo armatoste de collar y de la



cruz falta de gracia que inventó el dictador, se debe preceptuar una cruz de cuatro brazos, esmaltados con los tres colores de la bandera nacional, teniendo una elipse esmaltada de verde y en el centro de ésta la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe sobre campo blanco; encima del brazo superior de la cruz una águila sobre el nopal con la corona imperial, saliendo por un lado una palma y por el otro una oliva y alrededor el lema: «Religión, Independencia, Unión», con la leyenda: «Al mérito y á las virtudes»... ¿Cómo lo encontráis?

— Admirable, señor, admirable; si V. A. no tuviera ya dadas tantas muestras de su habilidad y de su talento, ésta bastaría para acreditarle ante el mundo entero como mandatario insigne.

— Aguardad, continuó Maximiliano; el collar será de oro, formado de una doble cadena de treinta milímetros y las cifras A. I. iniciales de su ilustre fundador... ¿Qué pensáis de la reforma, Arrangoiz?

— Que es excelente, señor; bien habéis hecho en no tomar en cuenta el nombre del infame Santa Anna.

— Y no sabéis lo que medito además de esto; estableceré sendas órdenes para recompensar el mérito militar, la lealtad femenina, la constancia en los servicios y el valor más elevado... Ya veréis qué cosas hago, ya veréis; ¿decís que la ciudad de México sufre por causa de las inundaciones periódicas? Llevaré ingenieros europeos que

hagan el desagüe, sanifiquen el suelo, mejoren el aspecto del lugar y cambien casi todo lo existente... Aquí (cogiendo el plano de la capital) abriré una gran arteria central que no tardará en poblarse de casas bellas y cómodas... Aquí se levantará un monumento á Iturbide; allí una columna á la Independencia; acá, ved qué hermosa explanada: parece mandada hacer para levantar un gran edificio destinado á Ministerio de Marina... Al poniente de la población veo un gran terreno ocupado por bosques: allí será el *Bois de Boulogne* mexicano; calzadas, avenidas, juegos de agua, lagos artificiales, grutas recatadas y pintorescas, jaulas para animales raros y feroces, invernaderos para plantas exóticas, pajareras en que luzcan sus plumas pintadas aves de las costas... Figuraos mis placeres cuando viva en México: dejaré la cama tan temprano como en Miramar, antes de que el alba asome; tomaré mi baño frío, me vestiré ligeramente, saludaré á la Princesa y saldré á recorrer el bosque; allí encontraré á mi pueblo, al artesano, al mendigo, á la viuda, al soldado inválido; á uno le galardonaré con un empleo, á la otra le otorgaré una pensión, al de más allá le daré la conserjería de una de las dependencias imperiales, ó una cantidad de mi bolsillo particular ó una recomendación para cualquiera de los ministros... Así concibo el gobernar; haciendo el bien rodeándome de cosas bellas y buenas, trabajando sin descanso y labrándose uno



mismo la estatua que ha de perpetuar su nombre.

Bebió Maximiliano una gran copa de vino del Rin y continuó:

— Pero mi munificencia no se limitará á la capital; también se extenderá al pobre país, destrozado por tantas guerras horribles, por tantas gentes perniciosas é infa-



mes... En el istmo de Tehuantepec dispondré se formen las tres ciudades de Humboldt, Colón é Iturbide que el decreto de Comonfort ordenó se levantaran; sanearé los puertos azotados por la fiebre amarilla; estableceré bancos; fundaré asilos de beneficencia y de instrucción; protegeré el arte nacional; llenaré la tierra de ferrocarriles cómodos y baratos; acabaré con el bandidaje y la discordia...

Figuraos á Scherezada refiriendo sus fantasías en presencia del último de los esclavos negros, pensad en el asombro de éste y tendréis idea de la devoción y del entusiasmo con que oían las maravillas que contaba Maximiliano los pobres desterrados que ya estaban bastante embobados con encontrarse al lado de los príncipes y en aquel lugar de maravillas. Gutiérrez Estrada lloraba á moco y baba; Aguilar guiñaba sus ojillos maliciosos; Arrangoiz, por un movimiento nervioso, se partía las barbas en el mismo sentido que el Príncipe; hasta Pepe Hidalgo parecía darse cuenta de lo que aquello significaba, y veía sin cesar al Príncipe como para pedirle el secreto de la manera de hablar tanto y tan bien.

— ¡Bendito sea el Señor, decía Gutiérrez, que nos concede la dicha de oír hablar así! Los dolores, las tristezas, los desencantos de nuestro destierro, se tornan ya en placeres, en bienes y en satisfacciones; ¡bendito sea el Señor y bendito sea S. A. I.!

— En nuestro país, siguió Maximiliano, tenemos muchos monumentos históricos que es necesario explorar. Dicen que los mexicanos poseen un gran instinto de imitación; ¿por qué no había de brotar un gran arte nacional del estudio de esos monumentos y de la aplicación de los naturales á conocerles?... Yo amo á los indios y creo que son capaces de cosas tan grandes como los pueblos mayores de la tierra; hace siglos llegó á aquel país un



sabio de lengua y rubia barba que enseñó todas las artes de la paz; Quetzalcoatl desapareció cuando menos se pensaba, y es tradición que ofreció volver á aquella tierra en día lejano; ¿por qué no he de ser yo el Quetzalcoatl de la leyenda, y por qué no he de tornar á hacer la dicha de aquel viejo imperio?... No sabéis, no sabéis vosotros cómo mi sangre, mis entrañas, mi ser todo me piden inmortalidad, supervivencia, perpetuidad; quiero que cuando este tiempo se apellide antiguo, como diría el poeta, se diga de mí lo que de muchos de mis antepasados; quiero blandir la gloriosa espada de los Hapsburgos; quiero recibir lo que la humanidad otorga á cambio del sacrificio por ella: la admiración y el amor...

— Y los tendréis en México, señor.

— Pero ¿si hay gentes que no me entiendan, que no me amen, que no sean capaces de conocer cuán grande es mi deseo de derramar bienes?... Psé, eso no se cuenta; eso es del resorte de la casualidad; si mi destino es morir ahorcado de un árbol del Monte de las Cruces, no podrá impedirlo Napoleón con todo su ejército; pero si mi destino es crecer y prosperar y ser famoso, tampoco podrá impedirlo Juárez con toda su pertinacia... Ya veremos...

Luego, levantando una hermosa copa de cristal que tenía por pie una ninfa robada por un sátiro, bebió el vino que servía el maestra sala y brindó por su destino en México.

— Es lo único, es lo cierto, es lo grande: lo desconocido, lo oculto, lo que los hombres no pueden sondear aunque lo pretendan...

Fué aquella vez la última que la comisión estuvo en Miramar; Gutiérrez, Hidalgo y Arrangoiz pidieron al Archiduque la venia para retirarse; yo también la pedí, queriendo no pasar por importuna; pero Maximiliano me dijo:

— No os marchéis; hacen tanta falta los mexicanos por aquí, que no me resuelvo á dejaros partir á todos; quedaos, serviréis de compañía á la Archiduquesa, y á mí de maestro para perfeccionarme en el español... Quedaos.

Y me quedé sin plazo fijado y sólo alentada por la buena voluntad de S. A.

